

y los caballeros, dice un erudito escritor, discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyendas y versos estampados en sus paredes, y esplicados por Gonzalo de Córdoba y otros personages peritos en el árabe.»

Todavía los reyes no entraron aquel día en la ciudad (1). Todavía volvieron á los reales de Santa Fé, para disponer desde allí la entrada triunfal que se verificó el 6, día de la Epifanía. Esta entrada se hizo con la solemnidad correspondiente á tan gran suceso. Seiscientos cristianos arrancados á la esclavitud y sacados de las mazmorras, iban delante llevando en sus manos los hierros con que habian estado encadenados y cantando letanías y alegres himnos. Tras ellos marchaba una lucida escolta de caballeros, cuyas limpias armas y bruñidos arneses deslumbraban la vista. Seguía el príncipe don Juan vestido de toda gala, y acompañado del gran cardenal Mendoza y del obispo de Avila, electo de Granada, Fr. Fernando de Talavera, ambos en mulas con sus ropages sagrados. A los lados de la reina marchaban sus damas y dueñas con sus mas ricos y vistosos paramentos; cabalgaba el rey

(1) El señor Prescott no quiere creerlo así, aunque lo atestiguan autores contemporáneos, fundándose en una carta de la reina, que trae Pedraza dirigida al prior de Guadalupe y fechada en Granada á 2 de enero. Pero ó pudo la

reina escribir la carta en la Alhambra, ó puede haberse equivocado la fecha, lo cual no sería nuevo en Pedraza.

Véase á Lucio Marineo, Cosas Memorables, pág. 178.

en su soberbio caballo, circundado de la flor de la nobleza castellana y andaluza; y cerraba la marcha el grueso del ejército al son de marciales cajas, pífanos y trompetas, ostentando los estandartes de los grandes y de los concejos. Entró la solemne procesion en Granada por la puerta de Elvira, recorrió algunas calles y plazas, y subió á la Alhambra, donde los reyes se sentaron en un trono que en el salon de Comares les tenia preparado el conde de Tendilla, y terminó la ceremonia, dando á besar sus manos á los nobles y magnates de Castilla y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á los nuevos soberanos.

Así acabó la guerra de Granada, que nuestros cronistas no sin razon han comparado á la de Troya por su duracion, y por la variedad de hechos históricos y de dramáticos incidentes que la señalaron. Y tal fué el feliz desenlace de la larga, penosa y admirable lucha sostenida por cerca de ocho siglos entre españoles y sarracenos, entre el Evangelio y el Coran, entre la cruz y la cimitarra. Acabó el imperio de Mahoma en los dominios de Occidente; España es libre y cristiana, y los *Reyes Católicos* Fernando é Isabel han visto cumplidos sus deseos y coronada su obra (1).

Así acabó, dice el autor arábigo, el imperio de los musulimes en España «el día 5 de Rabie primero del año 897.»

(1) Digamos algo de la suerte que corrieron despues los principales personages moros y cristianos que figuraron en las últimas



jornadas de este gran drama, y que ya no influyeron más en los sucesos de la península.

*El Zagal.* Este valiente y destronado emir no pudo resignarse á vivir reducido al estrecho señorío del territorio de Andarax, que la desgracia le había hecho trocar por su reino. Mortificábanle los recuerdos del trono perdido: sus mismos vasallos le faltaron á la obediencia y le dieron graves disgustos y sinsabores, y mal podía tener confianza en los que ya en una ocasión habían intentado matarle. Lleno, pues, de melancolía, determinó á los pocos meses abandonar aquellos valles, y vendiéndolos á Fernando por cinco millones de maravedís, se embarcó con algunos fieles amigos para el continente africano, donde esperaba pasar tranquilo el resto de sus días. Pero el tirano y avaro rey de Fez se apoderó arbitrariamente de sus riquezas, y después de despojarle le encerró en un lóbrego calabozo, donde llevó su ruda ferocidad al extremo de hacer que un verdugo le abrasara los ojos con una pieza de azofar hecha ascua. Alegaba por pretexto el bárbaro africano para tan cruel tratamiento el haber sido el Zagal enemigo de su aliado Boabdil. El miserable proscrito salió de la prisión ciego y cubierto de andrajos, y así anduvo de aduar en aduar como un mendigo, hasta que un wali que le había conocido en tiempos más felices, le dió amparo y seguridad, y le vistió y alimentó, suministrándole los consuelos posibles en su infortunio. Así vivió bastante tiempo, y murió escitando la compasión general con su pobreza. Dicen que le pusieron en su vestido un rótulo que decía: «Este es el desdichado rey de los andaluces.» Tal fué el desventurado fin del valeroso Muley Abdallah, el Zagal, penúltimo rey de Granada.

*Boabdil, el rey Chico.* Este postrer monarca granadino, después de permanecer algunos días en los reales de Santa Fé, se retiró con su familia y sus allegados al territorio de la Alpujarra, que se le había señalado en la capitulación. Al trasponer una colina, cuya eminencia es el último punto desde el cual se divisan por aquella parte las torres de Granada y los fértiles campos de su anchurosa vega, el desgraciado príncipe musulmán refrenó su caballo, dirigió una mirada melancólica hacia el magnífico palacio árabe, reciente mansion de sus delicias, y centro de su perdido esplendor y grandeza, derramó algunas lágrimas, lanzó un hondo suspiro, dió el último adiós á Granada, picó su caballo, y la perdió de vista para siempre. Cuéntase que su madre, la altiva sultana Aixa, le dijo reprendiéndole su debilidad: «Haces bien, hijo mío, en llorar como muger, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre.» Desde entonces los moriscos llamaron aquella colina *Feg Allah Akbar*; los cristianos la han llamado *el Suspiro del Moro*.

Vivia Boabdil con su familia y sus amigos en Cobda, lugar de su señorío en la Alpujarra, como un opulento magnate, recreándose en ejercicios y partidas de caza con galgos y azores, más conforme al parecer, con su suerte y con aquel género de vida que su tío el Zagal. No estaba á gusto Fernando con la permanencia del destronado príncipe moro en España; recelábase de él, le espiaba los pasos, le averiguaba sus tratos y comunicaciones, y con el deseo de alejarle se decidió á proponerle por medio de sagaces emisarios las bases de un nuevo convenio, y principalmente la enagenación de su hacienda y estado y su traslación á Africa con su familia. Con-

testó el moro que él se hallaba contento y satisfecho con la paz de su retiro, y que no pensaba cambiarla por nada (diciembre, 1492). Mas como insistiesen los reyes con más empeño é indicasen sus recelos é inquietudes, queriendo Boabdil tranquilizarlos trató de ir á Barcelona, donde entonces se hallaban Fernando é Isabel. El secretario Fernando de Zafra, que residía en Granada, de orden del rey Fernando entorpeció con maña y sagacidad el proyectado viaje y entrevista de Boabdil (febrero, 1493). Realizóse no obstante, el propósito de Fernando, merced á la oficiosa intervención de Aben Comixa, antiguo secretario, alcaide y wazir del rey Chico, que, ganado por los cristianos, le comprometió pérfida y traidoramente abusando de su nombre, y vendiendo su orden suya á los reyes el patrimonio y haciendas de su antiguo soberano en 21,000 castellanos de oro, no olvidándose de estipular para sí condiciones ventajosas. Cuando el desleal consejero anunció á Boabdil el trato y escritura hecha con Fernando, aquel desnudó su espada é intentó hundirla en el pecho de quien tan alevosamente le había vendido. Al fin era débil, y tuvo que resignarse á aceptar aquella capitulación subrepticia. En su virtud su madre y hermana enagenaron también sus haciendas, y con la suma de todo, que ascendía á unos nueve millones de maravedís, se prepararon todos á abandonar el suelo nativo y pasar á Africa. La bella, la dulce y afectuosa sultana Moraima sintió tal abatimiento y pesadumbre, que sucumbió de amargura y de dolor antes de emprender el viaje.

Disfrutó este por causas que no son de este lugar hasta octubre (1493); en este mes el desventurado Boabdil se despidió de su

patria y antiguo reino, se embarcó en Adra con el resto de su familia, acompañándole más de mil moros de ambos sexos, arribó felizmente á la costa africana, y se estableció en el reino de Fez. El califa Benimerin le recibió más benévola que al Zagal, y le trató como á príncipe. Con el dinero que había llevado de España levantó allí un palacio parecido á la Alhambra. Tenía entonces 32 años, y vivió otros 34, hasta que comprometido á pelear en favor del califa de Fez en la guerra que le hicieron los Jerifes, murió combatiendo en primera fila á manos de los bárbaros. La reina Isabel se alegró de la salida de España del rey Chico, pero sintió mucho la de su hijo, á quien intentaba hacer cristiano. «De la ida del rey moro (escribía á su confesor fray Fernando de Talavera) habemos avido mucho placer, y de la ida del infante su hijo mucho pesar.»—Carta de Isabel al arzobispo de Granada, Zaragoza, 4 de diciembre de 1493.—Correspondencia de Fernando de Zafra con los reyes, cartas originales existentes en el archivo de Simancas.—Marmol, Rebel. de los moriscos, libro I, c. 20, 22.—Torres, Historia de los Jerifes, cap. 32, 33.

*La sultana Zoraya, viuda de Muley Hacen, la llamada en su juventud Lucero de la mañana, se volvió á convertir al cristianismo que había profesado en sus primeros años, por los esfuerzos y dulces exhortaciones de la piadosa reina de Castilla, y tomó otra vez el nombre de Isabel que antes había tenido. Sus hijos Cad y Nazar se bautizaron también, y adoptaron los nombres de don Fernando y don Juan con el apellido de Granada. Con el tiempo fueron trasladados á Castilla con título y rentas de infantes. Don Fernando de Granada casó con doña María de*



Sandoval, biznieta del primer duque del Infantado, y murió sin sucesión en Burgos en 1512. Don Juan de Granada enlazó con doña Beatriz de Sandoval, prima de la anterior, hija del conde de Castro. Sus descendientes emparentaron también con las familias más nobles de España. Los duques de Granada conservaron el linaje y blason de los reyes Alhamares.

*El príncipe Cid Hiaya.* Este noble y valeroso defensor de Baza, abrazó igualmente la religión de Jesucristo, y tomó el nombre bautismal de *Don Pedro de Granada Venegas*. Fué alguacil mayor de Granada, y obtuvo la insignia de la orden y caballería de Santiago. Permaneció algún tiempo en aquella ciudad, pero agraviado de los reyes, que le hicieron renunciar sus posesiones antiguas sin indemnizarle, se retiró á Andarax, donde murió en 1506. Su hijo y sus dos hijas también abjuraron la fé de Mahoma. Aquel, llamado don Alonso de Granada, caso de primeras nupcias con la ilustre doña María de Mendoza, y su descendencia radica hoy en la casa de los marqueses de Campotejar. De segundas nupcias enlazó con doña María Quesada, y sus descendientes pertenecen hoy también á ilustres casas españolas.—Pueden verse más noticias genealógicas de estas familias en Galindez de Carvajal, Memorial ó Registro breve, etc. Salazar de Mendoza, Cron. del Gran Cardenal, y sobre todo en escrituras y árboles genealógicos sacados del archivo de Simancas, y de las casas de Campotejar y Corvera. Lafuente Alcántara las cita en su Hist. de Granada, tom. IV., c. 18.

**PERSONAJES CRISTIANOS.** *El condestable de Castilla*, don Pedro Fernandez de Velasco, bajó al sepulcro con la dulce y muy reciente satisfacción de dejar á Gra-

nada en poder de sus reyes, pues falleció el mismo día 6 de enero.

*El adelantado de Andalucía*, don Pedro Enriquez, gozó también poco tiempo el placer de ver concluida una guerra en que tanta parte había tenido, sobrecogiéndole la muerte en el camino de Granada á Sevilla en un ventorrillo junto á Antequera.

*El duque de Alburquerque*, don Beltran de la Cueva, antiguo favorito de Enrique IV., falleció también aquel mismo año de 1492, después de haber visto cuán inmensos beneficios trajo á España la atinada resolución de haber hecho reina de Castilla á la princesa Isabel con preferencia á doña Juana la Beltraneja, que la fama popular suponía hija suya.

*El marqués de Cádiz y el duque de Medinasiona.* ¡Coincidencia admirable y singular! En una misma semana de agosto de aquel año memorable, y según algunos en el mismo día (el 28), descendieron puede decirse simultáneamente á la tumba los dos ilustres y antiguos rivales y enemigos encarnizados, después nobles y generosos amigos, don Rodrigo Ponce de Leon y don Enrique de Guzman, los dos más poderosos magnates de Andalucía, campeones esclarecidos en la guerra contra los moros, y á quienes la hábil y virtuosa Isabel con su industria y sagacidad había convertido de adversarios terribles en amigos leales y tiernos, de vasallos revoltosos en esforzados capitanes y en terror de los enemigos de la fé.

*El marqués duque de Cádiz*, nervio y alma, y como el Aquiles de esta famosa guerra, que desde su principio hasta su fin, desde la sorpresa de Alhama hasta la rendición de Granada se encontró en todas las batallas, y se señaló por su esfuerzo en todos los combates; el más cumplido caballero castella-

no, amante de sus reyes, amado de sus vasallos y galante con las damas, tan activo para adquirir bienes como pródigo en gastarlos; este insigne campeón de su religión y de su patria, sobrevivió poco á la conquista de Granada, muriendo todavía en buena edad (49 años)

á consecuencia de sus largas fatigas y padecimientos, y como si este soldado de la fé, lo mismo que su amigo el de Medinasiona, vencidos los guerreros de Mahoma, hubieran cumplido su misión sobre la tierra.

Muchos son los cronistas de los siglos XV. y XVI. que nos dan noticias acerca de la guerra y conquista de Granada. Sin embargo, nuestros lectores habrán observado que en lo general hemos dado la preferencia y escogido por guías entre los contemporáneos, á Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, que acompañó á la reina en sus expediciones militares; á Andres Bernaldez, cura de los Palacios junto á Sevilla, que estuvo en íntimas relaciones con el marqués de Cádiz, con los principales señores de Andalucía, y pudo ver la mayor parte de los sucesos; á Pedro Mártir de Angleria, á quien trajo de Roma á España el conde de Tendilla, que presenció el sitio de Baza, acompañó al ejército en las campañas posteriores, y tuvo cátedras después en varias universidades del reino; á los ilustrados Lucio Marineo y Antonio de Lebrija, dos de los literatos más eruditos de su tiempo, sin perjuicio de valernos de los demás cronistas ó historiadores que hemos citado, y de los documentos que se conservan en los archivos de Simancas y en otros particula-

res.—De entre los modernos historiadores, los que á nuestro juicio tratan los sucesos de esta guerra con más juicio, método, orden, extensión y claridad, son William Prescott, en su *History of the reign of Ferdinand and Isabella, the catholic*, perfectamente vertida al español por el académico señor Sabau y Larroya, y Lafuente Alcántara en la suya, *De la ciudad y reino de Granada*, este con más latitud, pues dedica á ella cerca de 330 páginas.—El erudito angloamericano Washington Irving en la *Crónica de la Conquista de Granada, Chronicle of the Conquest of Granada*, ha embellecido la relación de los importantes acontecimientos de este período dándole cierta forma épica, ó sea de lo que los estrangeros llaman romance; pero como dice un ilustrado escritor, estrangero también, «haciendo justicia á la brillantez de sus descripciones y su habilidad dramática, no se sabe en qué clase ó categoría colocar su libro, pues para romance hay en él demasiada realidad, y para crónica no hay bastante.»